

LIBRO IX

CAPITULO I

En todas las amistades entre desemejantes es la proporción lo que iguala a las partes y conserva la amistad, como ya hemos indicado anteriormente, v. g., en la forma cívica de amistad el zapatero obtiene a cambio de sus zapatos beneficio proporcional a su mérito y el tejedor y demás oficios también. Ahora bien, en estos casos se ha dado con una medida común en forma de moneda y por lo tanto todo se refiere a ella y se mide por ella, mas en la amistad entre los enamorados hay veces que el amante se queja de que su exceso de amor no es correspondido con amor (aunque tal vez nada haya de amable en él), mientras es frecuente que el amado se queje de que el amante que anteriormente se lo prometía todo nada cumple luego. Incidentes tales acontecen cuando el amante ama al amado a causa del placer mientras el amado ama al otro motivo de provecho, por lo que ninguno de ellos posee las cualidades supuestas. De ser esos los fines de la amistad, ésta queda disuelta cuando no se obtiene lo que era motivo de su amor, porque ninguno de ellos amaba la persona del otro, sino las cualidades que la adornaban y éstas no fueron duraderas; a esto se debe que las amistades sean transitorias. Pero el amor por virtud, como hemos dicho ya, es duradero, porque se basa en sí mismo. Surgen las diferen-

cias cuando lo que obtienen difiere algo de lo que se apetece; porque cuando no alcanzamos lo que apetece-
cemos es como si nada se nos diese; comparemos la historia de quien hizo promesas al pulsador de lira, asegurando le daría tanto más cuanto mejor cantara y, a la mañana siguiente, cuando reclamó el cumplimiento de las promesas, le contestó el otro que se le había dado placer por placer. Ahora bien, si eso hubiere sido lo que cada uno de ellos quería, todo hubiere ido bien, mas si uno apetece placer y el otro lucro, y uno obtiene lo que desea mientras el otro no, las condiciones del trato no habrán sido fielmente cumplidas, porque lo que en efecto quiere cada uno de ellos es lo que espera obtener, y a causa de esto es por lo que dará lo que posee.

Pero, ¿quién tiene que fijar el valor de un favor o servicio? ¿el que hace el sacrificio o el que alcanza la ventaja? Parece que el que se sacrifica deja lo resuelva el otro. Eso es, según dicen, lo que hacía Pitágoras: siempre que enseñaba algo rogaba al discípulo fijase el valor del conocimiento, eceptando lo que aquel fijase. En tales materias algunos aprueban el dicho: *«el que hace la cosa debe fijarle precio»*.

Los que toman el dinero por adelantado y luego no cumplen nada de lo que prometieron harían, debido a la extravagancia de sus promesas, es natural que luego sean objeto de quejas; porque no cumplen lo convenido. Tal vez los sofistas se vean obligados a obrar así porque nadie entregaría dinero a cambio de las cosas que saben. Esa gente, si no procura aquello por lo que ha sido pagada, es naturalmente objeto de quejas.

Pero cuando no hay contrato de servicio, los que entregan algo por voluntad a la otra parte no pueden ser objeto de queja (como hemos dicho ya, porque esa

es la naturaleza de la amistad virtuosa), y la correspondencia debe efectuarse a base de su propósito (porque éste es lo que da carácter al amigo y a la virtud). También parece deba corresponderse de este modo a los que estudian filosofía juntos, porque su valor no puede medirse con el dinero, no pudiendo alcanzar tampoco honores que correspondiesen a sus servicios; pero tal vez ocurra como con los dioses y los padres, que si se les da lo que se pueda dar no esté uno obligado a más.

Si la dádiva no perteneciese a esta especie, sino que se hiciere con miras a recompensa, será sin duda preferible que la correspondencia fuere la que parezca justa a las partes, mas de no poderlo llevar a cabo, parecería no sólo necesario que la persona que obtiene el primer beneficio sea la que fije la recompensa, sino también justo, porque si el otro obtiene a su vez el equivalente de la ventaja que el beneficiario recibiera, o el precio que hubiere tenido que satisfacer a cambio del placer, habrá obtenido lo que es justo de parte del otro.

También observamos ocurre esto en lo referente a lo que se pone a la venta, habiendo leyes en algunos sitios que prohíben los pleitos que pueden surgir de contratos voluntarios, suponiendo que se debe fiar de la persona a quien se concedió crédito, puesto que se le otorgó. Dice la ley es más justo fije las condiciones el que mereció el crédito que la persona que lo hubiere concedido. Porque la mayor parte de las cosas no tiene el mismo valor para los que las poseen que para los que las necesitan; cada uno evalúa en más lo que le pertenece y lo que ofrece; no obstante, el beneficio se evalúa de conformidad con las condiciones fijadas por el que recibe. Mas no hay duda que

el que recibe el beneficio es el que debe apreciar la cosa, no en cuanto a lo que vale una vez la obtiene, sino en lo que la estimaba antes de tenerla.

CAPITULO II

Otro de los problemas es el que plantean preguntas tales como si se debe dar la preferencia en todo a nuestro padre y obedecerle, o si cuando se está enfermo debe uno confiarle al médico, y si cuando se tiene que nombrar a un general hay que optar por el hombre que tenga habilidad militar, y, de la misma manera, si se debe hacer favor con preferencia a un amigo o a un hombre de bien, y si se debe mostrar gratitud a un bienhechor o servir a un amigo, de no poder hacer ambas cosas.

Todas esas cuestiones son arduas en cuanto a su decisión, ¿no lo creéis así? Porque admiten muchas variantes de muchas especies respecto de la importancia del servicio y su nobleza y necesidad. Lo que sí es evidente es no debemos conceder preferencia en todo a la misma persona; y lo que hay que hacer es corresponder a los beneficios antes que servir a un amigo, de la misma manera que lo que cuadra es restituir un préstamo al acreedor antes que concederlo a un amigo. Pero tal vez esto no sea siempre cierto, v. g., ¿debe el que haya sido rescatado de manos de los bandidos rescatar a quien le haya rescatado como correspondencia, quienquiera que fuere (o pagarle si no ha sido capturado, sino que requiere el pago), o debe rescatar a su padre? Parecería que lo que habría de hacer sería rescatar a su padre de preferencia, aun tratándose de él mismo. Como hemos dicho, en general, la deuda debe satisfacerse, mas si la dádiva fuere excesivamente necesaria, débese ceñir a estas circunstancias. Porque hay

veces que no es justo devolver el equivalente de lo recibido, cuando alguien ha prestado servicio a quien sabe es buena persona, mientras el otro corresponde a quien considera malo. En cuanto a eso, algunas veces no hay que prestar a nuestra vez a quien nos ha prestado, porque uno prestó a un hombre de bien, con la esperanza de recuperar su préstamo, mientras el otro no tiene la esperanza de recobrar de aquel a quien se considera malo. Por lo tanto, si los hechos son realmente como indicamos, la reclamación no es justa, y, de no ser así, sino que la gente cree que lo son, se consideraría nada de extraño hay en que se rehuse. Como hemos indicado con frecuencia, las discusiones sobre afectos y actos tienen tanta importancia como lo que las determina.

Que no debemos conceder el mismo servicio a todo el mundo, ni dar a un padre la preferencia en todo, de la misma manera que no lo sacrificamos todo a Zeus, es cosa evidente; pero puesto que tenemos que corresponder diferentemente a los padres, hermanos, compañeros y bienhechores, debemos corresponder a cada uno en lo apropiado, en lo que le cuadra. Y eso es lo que parece hace la gente; a las bodas invitan a su parentela, porque ésta tiene su participación en la familia y por lo tanto en los actos que a ella afecten; también se cree que en los funerales debe hallarse antes que nadie los parientes, debido a la misma razón. Pudiere creerse que en lo que afecta a la alimentación debiéramos ayudar a nuestros padres antes que a todos los demás, puesto que a ellos debemos nuestros alimentos, siendo más digno ayudar en esto a los autores de nuestros días que aun a nosotros mismos; también debemos honrar a nuestros padres como honramos a los dioses, pero no concediéndoles todo y cualquier honor; por eso no se debe dar lo mismo al padre que a la madre,

ni tampoco concederles el honor que se otorga a un filósofo o a un general, sino el correspondiente a un padre, o a una madre. También debemos a los ancianos el honor adecuado a su edad, levantándonos del asiento para recibirles y ofreciéndoselo y otras cosas; mientras a los compañeros y hermanos se les concederá la libertad de palabra y uso común de todo. A los familiares y a los pertenecientes a la misma tribu y conciudadanos y a todas las demás clases, debemos siempre asignarles lo que les sea apropiado, comparando las quejas de cada uno en cuanto a la proximidad de parentesco, virtud o provecho. La comparación es más fácil cuando las personas pertenecen a la misma clase, y más dificultosa cuando difieran mucho. No obstante, no por eso hay que desertar del deber, sino decidir la cuestión de la mejor manera posible.

CAPITULO III

Otra de las cuestiones que surge es si las amistades deben o no romperse cuando una de las partes deja de ser como era. Quizás pudiéremos afirmar que nada extraño hay en que se deshaga una amistad basada en provecho o placer, cuando nuestros amigos no poseyeran ya dichos atributos, puesto que debido a ellos eran amigos nuestros y, cuando hubieren cesado es razonable no continúe la estima. Pero uno pudiera quejarse de otro si, cuando le amaba por su provecho o placer, pretendía querernos por nuestro carácter, porque, como ya dijimos al comienzo, las más de las diferencias surgen entre los amigos cuando no lo son debido a lo que creen. Por eso, cuando el hombre se ha equivocado creyendo se le quería por su carácter, cuando no era de este modo, no tiene razón para quejarse;

mas cuando ha sido engañado por pretensiones de otra persona, justo es se queje del que le engañe; entonces se quejará con más justicia de lo que lo haga en contra de los que falsifican la moneda, tanto más cuanto el daño se refiere a cosa que tiene más valor que el dinero.

Pero si alguien acepta a otro como bueno, y descubre su maldad, ¿deberá continuar queriéndole? Esto es evidentemente imposible, puesto que no todo puede ser estimado, sino sólo lo que es bien. Lo que es mal ni puede ni debe estimarse; porque nuestro deber no estriba el estimar el mal, ni hacernos malos, y ya dijimos que el semejante es querido por el semejante. ¿Deberemos romper la amistad? ¿Obraremos de esta manera en todos los casos o sólo cuando la maldad de nuestro amigo fuere incorregible? Si fueren capaces de reforma lo que debiere hacerse sería ir en ayuda de su carácter o su hacienda, pues esto es mejor y más característico de la amistad. El hombre que rompiese tal amistad parecería nada de extraño efectuaba; porque su amistad no había sido concedida a persona de tal jaez; por lo tanto, cuando el amigo se transforme de este modo y lo consideremos incorregible le abandonaremos.

Pero si un amigo perseverase mientras el otro mejorase y le rebasase en virtud ¿debería el último tratar al primero como amigo? Ciertamente, no. Cuando la diferencia sea grande, la cosa salta a la vista, v. g., cuando se trata de amistades infantiles; si un amigo continuase siendo infantil intelectualmente mientras el otro hubiere llegado a la virilidad mental, ¿cómo podrían ser amigos cuando no gustaban de lo mismo ni hallaban deleite en la misma cosa ni sintieren pesar debido a lo mismo? Porque sus gustos no convendrían y, sin ello (como indicamos) no pueden ser amigos,

porque no pueden vivir juntos. Pero, ya discutimos estos puntos.

¿Debe portarse entonces con él a la manera como se hubiere portado de no haber sido nunca amigo suyo? Ciertamente es que conservará recuerdo de su anterior intimidad, y así como creemos hay que servir a los amigos antes que a los extraños, deberemos, en cuanto a los que fueron amigos nuestros, hacer alguna concesión por nuestra anterior amistad, cuando el quebranto no hubiere sido motivado por exceso de perversidad.

CAPITULO IV

Las relaciones amistosas con los próximos y los signos que exteriorizan las amistades, parece proceden de las relaciones del hombre consigo mismo. Porque definimos el amigo diciendo es el que desea y lleva a cabo el bien, o lo que le parece serlo, y a causa del amigo, o el que desea viva y exista su amigo por su causa; es lo que hacen las madres con sus hijos y aquellos amigos ofendidos. Otros lo definen afirmando es el que vive con uno y tiene los mismos gustos que él, o el que se regocija y apena con su amigo; también se observa esto entre las madres más que todo. Las amistades se definen mediante alguna de esas características.

Ahora bien, todo eso es cierto en cuanto a las relaciones del hombre de bien para consigo mismo (y los demás hombres en cuanto se creen buenos; parece que el hombre de bien y la virtud sean las medidas de toda clase de cosas, como ya dijimos). Porque sus opiniones son armónicas, deseando idénticas cosas con toda su alma; y, por lo tanto, desea para sí mismo lo que es bien y lo que parece serlo, y lo lleva a cabo (por-

que la característica del hombre de bien es hacer el bien), haciéndolo por su propia causa, puesto que lo efectúa motivo del entendimiento existente en él, que se considera ser el hombre en sí; y lo que se desea es vivir y conservarse, y especialmente el elemento en virtud del cual entiende. Porque la existencia es bien para el virtuoso, y todos se desean lo que es bien, mientras nadie opta por poseer el mundo en pieza, si antes ha de dejar de ser lo que es (también Dios posee el sumo bien y lo desea debido a que el sumo bien es Dios); y el entendimiento parece ser el hombre individual, o ser eso algo más que cualquier otro elemento suyo. Y hombre tal desea vivir consigo mismo; porque así lo hace con gusto, puesto que los recuerdos de sus actos pasados son deliciosos y sus esperanzas en cuanto al porvenir son buenas, y por lo tanto placenteras. También su entendimiento abunda en consideraciones, apenándose y regocijándose más que ningún otro consigo mismo, porque una cosa dolorosa es dolorosa siempre, como lo agradable lo es siempre, pero no dolorosa una vez y agradable otra. Por eso de nada tiene que arrepentirse, por decirlo así.

Por lo tanto, puesto que cada una de esas características pertenece al hombre de bien con relación a sí mismo, y está relacionado con su amigo como consigo mismo (puesto que su amigo es otro yo), también la amistad se considera como uno de esos atributos, y los que los poseen como amigos. Si hay o no hay amistad entre el hombre y él mismo es ésta cuestión que hemos de descartar por ahora; parecería hay amistad en cuanto a que es dos o más, a juzgar por los atributos amistosos indicados, y por el hecho que la extrema amistad semeja al amor que uno siente por sí mismo.

Pero los atributos mencionados parece pertenecen aún

a la mayor parte de las personas, por insignificantes que sean. ¿Habrá que decir, pues, que en cuanto están satisfechos de sí mismos creyendo son buenos, participan de estos atributos? Cíerto es que nadie que sea absolutamente malo e impío posee dichos atributos, ni aun parece que sea así. Pocos pertenecieran a gente inferior; porque varían en sí, sintiendo apetito por algunas cosas y razonados deseos por otras. Esto ocurre, v. g., en el incontinente; porque opta por cosas agradables pero perjudiciales, en vez de optar por las que considera buenas; mientras otros por cobardía y pereza, dejan de hacer aquello que consideran lo mejor para sí mismos. Y los que llevaron a cabo muchos actos afrentosos siendo odiados por su maldad, hasta desertan de la vida y se suicidan. Y los malvados buscan a los que pueden pasar sus días con ellos y huyen de sí, porque recuerdan muchas maldades, previendo otras como ellas cuando se hallan a solas, mientras que estando en compañía las olvidan. Y no teniendo nada de amable en sí no sienten afecto amoroso para consigo mismos. Por eso tales personas ni se regocijan ni se molestan consigo mismas, porque su espíritu se siente alborotado, y uno de sus elementos, a causa de su perversidad, se apena cuando se abstiene de ciertos actos, mientras el otro se complace, arrastrándoles uno hacia un extremo y hacia el opuesto el otro, como si tirasen de ellos destrozándolos. Si el hombre no puede apenarse y complacerse al mismo tiempo, no obstante, al cabo de algunos días, se apena porque estaba contento, y pudiere haber deseado que aquello no hubiere sido agradable para él; porque los malvados llevan sobre sí el peso del arrepentimiento.

Por lo tanto, parece que el malo no esté en disposición amistosa para consigo mismo, porque nada hay en él de amable; de modo que si ser como decimos

equivale al colmo de la desgracia, debemos de poner en juego todos nuestros esfuerzos para evitar la perversidad, procurando ser buenos; porque así, y sólo de este modo, es posible ser amable para consigo mismo o amigo del prójimo.

CAPITULO V

La benevolencia es una especie de relación amistosa, mas no es idéntica a la amistad, porque se puede tener benevolencia tanto para con la gente a quien no se conoce como sin darse cuenta, pero no amistad. Esto ya lo dijimos. Mas la benevolencia no llega ni a ser afecto de amistad. Porque no encierra intensidad o apetito, mientras estas cosas acompañan al afecto amistoso; y el afecto amistoso encierra intimidad mientras la benevolencia puede surgir de súbito, como ocurre en los contendientes en una lucha; llegamos a sentir benevolencia hacia ellos participando en sus deseos, mas nada haríamos por ayudarles, porque, como hemos dicho, sentimos benevolencia repentinamente mientras nuestra estima es sólo superficial.

Por eso parece que la benevolencia sea iniciación de amistad, de la misma manera que el placer de la vista es la iniciación del amor. Porque nadie ama si no ha sido deleitado primeramente por la forma del amado, pero el que se deleita en la forma de otro no le ama por todo eso, sino que sólo llega a ello cuando lo añora estando ausente y apetece su presencia; también es imposible que las personas sean amigas de no haber llegado a sentir benevolencia mutua, y los que la sienten no por eso son amigos, porque lo que hacen es desear bien a las personas por las que sienten benevolencia, no ayudándoles en nada ni preocupándose de ellas.

Y, por extensión del término amistad, pudiéramos decir que la benevolencia es amistad inactiva, aunque cuando se prolonga llegando al punto de intimidad, se convierta en amistad, no la basada en el provecho o el placer, porque tampoco surge la benevolencia en esas condiciones. El que ha recibido un beneficio concede benevolencia a su vez por lo que se le ha concedido, mas al obrar así no hace más que obrar con justicia, mientras que quien desea prospere otro a causa de esperar enriquecerse por su mediación, parece sentir benevolencia, no por él, sino antes para consigo, de la misma manera que un hombre no es amigo de otro si le quiere debido a alguna utilidad que puede obtener de él. La benevolencia, en general, surge a causa de alguna superioridad o mérito, cuando un hombre parece bueno a otro, o valeroso, o algo de esta especie, como indicamos al hablar de los que toman parte en una contienda.

CAPITULO VI

También parece que la concordia sea relación amistosa. Por esta razón no es identidad de opinión; porque esto pudiere aun ocurrir entre gente que no se conoce mutuamente; tampoco diremos que los que sustentan las mismas opiniones sobre todo y cualquier asunto estén de acuerdo, v. g., los que están conformes en cuanto a los cuerpos celestes (porque la concordia sobre ello no supone relación de amistad), pero lo que sí afirmamos es que una ciudad está de acuerdo cuando los hombres sustentan la misma opinión sobre la materia de sus intereses, optando por los mismos actos, efectuando lo que han resuelto en común. Por eso se dice que las personas están de acuerdo cuando nos re-

ferimos a cosas que hay que hacer, y entre éstas sobre asuntos de consecuencia en los que es posible que ambas o todas las partes obtengan lo que quieren, v. g., se dirá hay unanimidad en una ciudad cuando todos sus ciudadanos creen que los cargos deben ser electivos, a que deben establecer alianza con los Lacedemonios, o que Pittakós sea su gobernante, en época en que él mismo estaba ganoso de gobernar. Pero cuando cada uno de los pueblos desea poseer aquello de que se trata, como los capitanes de la «*Phenissas*», se producen discordias; porque no hay unanimidad cuando cada una de las partes crea lo mismo, sea lo que fuere, sino sólo cuando creen que dicha cosa debiere estar en las mismas manos, v. g., cuando tanto el vulgo como las clases superiores desean gobiernen los mejores; porque así, y sólo de este modo, obtendrán todos lo que apetecen. La unanimidad parece ser amistad civil, como ciertamente se ha dicho es; porque se refiere a cosas que redundan en nuestro interés y ejercen influencia en nuestra vida.

Ahora bien, esa unanimidad se halla entre los hombres de bien, por estar acordes tanto consigo como recíprocamente, siendo como si dijésemos de un mismo modo de pensar (porque los deseos de tales personas son constantes, no estando a merced de corrientes opuestas, como ocurre en los estrechos del mar), y desean lo que es justo y ventajoso, siendo esto lo que procuran también para todos. Pero los malvados no pueden estar de acuerdo, de no ser por poco tiempo, como también es difícil entablen amistad, puesto que tienden a alcanzar más de lo que por participación les corresponde, mientras que en el trabajo y servicios hacen menos de lo correspondiente; y todo el que desea ventaja personal critica al vecino y le pone obstáculos; porque si la gente no se cuida de ello el lazo común

pronto se deshace. El resultado es que surgen las disensiones, forzando a los demás al no querer ninguno de los dos llevar a cabo lo que es de justicia.

CAPITULO VII

Se cree que los bienhechores aman a los que han beneficiado más que éstos a quienes les hicieron bien, cosa que se discute considerándola paradoja. La mayoría cree que esto se debe a que los últimos se hallan en las condiciones del deudor y del acreedor los primeros, y, por lo tanto, como ocurre de tratarse de préstamos (que los deudores desearían desapareciesen los acreedores, mientras los últimos realmente se cuidan de la seguridad de sus deudores) se cree que los bienhechores desean que el beneficiado viva, puesto que así obtendrán su gratitud, mientras los beneficiarios no tienen interés alguno en corresponder del mismo modo. Tal vez dijere Epicharmo que lo afirman por *considerar las cosas por su lado malo*, mas esto cuadra a la humana naturaleza; porque la mayoría es olvidadiza, sintiendo mayor ansiedad por que se le trate bien que por tratar bien al prójimo. Pero la causa puede parecer tenga más hondas raíces en la naturaleza de las cosas; el caso de los que prestaron dinero no es análogo; porque no tienen amistoso afecto para con sus deudores, sino sólo deseo de que vayan bien con miras a lo que de ellos han de obtener; mientras los que han hecho un favor a otros sienten amistad y cariño por quienes sirvieron hasta en el caso en que no les fueren útiles ni en el momento ni más adelante. Esto es lo que ocurre a los artistas, porque todo hombre ama su obra más de lo que ella pudiese amarle si adquiriese vida; y tal vez ocurra lo mismo a los poetas más que a ningún otro, porque muestran excesivo cariño por

sus propios poemas, mimándolos como si fueren sus hijos. A esto se debe que la situación de los bienhechores sea semejante, porque aquel a quien trataron bien es su obra, y por lo tanto lo estiman más que la obra a su creador. La causa de todo es que la existencia es para todos cosa por la que se opta y se estima, y que vivimos en virtud de actividad (es decir, viviendo y obrando), y que la obra es en cierto sentido, el agente en actividad; por lo tanto, estima a su obra por estimar la existencia. Esto se halla arraigado en la naturaleza de las cosas; porque lo que él es en potencia, manifiesta su obra en actividad.

Al propio tiempo el bienhechor considera noble aquello que de su acción depende; de manera que el objeto de su acto es deleite para él, mientras que para el paciente nada de noble hay en el agente, a lo más algo provechoso, y esto es menos agradable y amable. Lo agradable es la actividad del presente, la esperanza de lo porvenir, la memoria de lo remoto; más lo más agradable es lo dependiente de la actividad, y de manera parecida esto es lo más amable. Además, para el que ha hecho alguna obra, ésta perdura (porque lo noble es duradero), pero para la persona que fué objeto de ella desaparece dicha utilidad. La memoria de las cosas nobles es agradable, mas la de las provechosas no es probable lo sea, o lo es menos; en cuanto a la esperanza parece ocurra lo contrario.

Además, el amar se parece a la actividad, y el ser amado a la pasividad; y querer y sus concomitantes son atributos de los más activos.

Además, todos aman más aquello que han ganado mediante su trabajo, v. g., los que ganaron dinero lo estiman más que los que lo heredaron; y ser bien tratado parece no encierre trabajo, mientras tratar bien a los demás es tarea laboriosa. A eso se debe también

que las madres amen más a sus hijos que los padres, porque el darlos a luz les produce más dolores, sabiendo mejor que sus hijos son ciertamente suyos. Este último punto parece poderse aplicar también a los bienhechores.

CAPITULO VIII

También se debate la cuestión sobre si el hombre debe amarse más a sí mismo que al prójimo. La gente critica a los que se aman más a sí mismos, llamándoles egoistas («philaytos») empleando este vocablo como epíteto de baldón pareciendo que el malo lo hace todo en provecho propio, y cuanto más exagere la nota, más perverso será; por eso se le censura, v. g., de que nada haga de conformidad consigo mismo, mientras el hombre de bien obra en gracia al honor, y cuanto más así fuere mejor hombre será, y obra en favor de su amigo, sacrificando su propio interés.

Pero los hechos discrepan de los razonamientos, lo que no es sorprendente, porque se dice que la persona debe amar a su mejor amigo más que a los demás, y el mejor amigo del hombre es aquel que desea el bien para el objeto de su deseo y por su causa, aun en el caso en que nadie lo supiese; y estos atributos se hallan más que en otros en la actitud que el hombre adopta para consigo mismo, ocurriendo otro tanto con referencia a los demás atributos («philiká») mediante los cuales se define al amigo; porque, como ya dijimos, todas las características de la amistad se han extendido a nuestros próximos. Todos los proverbios están de conformidad con eso, v. g., «*un alma en dos cuerpos*» y «*lo que tiene el amigo es del amigo*», y «*la amistad es igualdad*», y «*la caridad comienza por uno mismo*»: y todas esas indicaciones se hallarán más en

las relaciones del hombre para consigo mismo; él es su mejor amigo y por lo tanto debe amarse más de lo que ame a ningún otro. Por eso es razonable se dude sobre cuál de esas dos opiniones es la que debemos adoptar; porque ambas son plausibles.

Quizás convenga separar dichos razonamientos unos de otros determinando hasta qué punto es razonable cada una de las opiniones. Si entendemos el sentido en que cada una de las escuelas emplea la frase «egoísta», («philaitian») saltará a la vista la verdad. Los que emplean el término como reproche atribuyen el amor propio a los que se asignan la mejor parte en cuanto a la riqueza, honores, y placeres corporales; porque eso es lo que los más apetecen, afanándose por ellos como si fueren lo mejor entre todas las cosas, siendo también esta la razón de que hayan llegado a ser objeto de competencia. Por eso los que tienden a tales cosas tatisfacen sus apetitos y en general sus afectos y a la parte irracional del alma; y la mayoría de los hombres es de esta naturaleza (a lo que se debe haya llegado a emplearse el epíteto («philaytias») como se emplea, tomando su significado del tipo de amor propio que prevalece, que es el malo); justo es pues que los hombres que tienen amor propio en este sentido («philaytoi») sean censurados por ello. Es evidente que las personas que se conceden preferencia en cuanto a cosas de esa especie son aquellas a las que la mayor parte llama «egoístas» («philaytoi»), porque si un hombre sintiese siempre ansiedad por sobresalir en todo por obrar justamente, templadamente, o de acuerdo con cualquier otra virtud, y en general intentase siempre seguir el camino más honroso, nadie le llamaría egoísta ni le censuraría.

Pero hombre tal pudiese parecer se amaba a sí mismo («philaytos») más que al prójimo; de todos mo-

dos lo que hace es asignarse a sí mismo las más nobles cosas y mejores, satisfaciendo al elemento de mayor autoridad existente en él y obedeciéndole en todo; y así como una ciudad, o cualquier conjunto sistemático se identifica mejor por el elemento de mayor autoridad en ella existente, en el hombre ocurre otro tanto; por lo cual el hombre que ama dicho elemento y le obedece será también, será ante todo amante de sí mismo («philaytos»). Además, se dice que un hombre se domina a sí mismo o no se domina, según rija en el o no rija el entendimiento, considerando que el entendimiento es el hombre mismo, y las cosas que hicieren los hombres de acuerdo con principio racional son precisamente las que se cree con mayor propiedad son sus actos y voluntarios. Es evidente que dicho entendimiento es el hombre mismo, o que lo es más que ninguna otra cosa, y también que el hombre de bien es el que más ama dicho elemento. De donde se deduce que él es más ciertamente amante de sí mismo («philaytos») de tipo distinto al de aquel a quien se vitupera, siendo tan diferente de él como la vida de conformidad con un principio racional difiere de la vida de conformidad con los dictados de la pasión, y del mismo modo que difiere el apetecer lo digno del apetecer lo que parece ventajoso. Por lo tanto, los que se preocupan en alto grado de los actos dignos, son los que todo el mundo aprueba y alaba; y si todos se esforzasen por tender hacia lo noble dirigiendo todos sus esfuerzos hacia los más nobles actos, todo redundaría en favor de la prosperidad común, y todo el mundo alcanzaría para sí los mayores bienes, puesto que la virtud es el más excelso entre ellos.

Por lo tanto, el hombre de bien debe amarse a sí mismo (porque así se beneficiará al llevar a cabo buenas acciones y beneficiará a sus semejantes), mas

el malvado no debe amarse a sí mismo, porque lo que haría sería perjudicarse, perjudicando a los demás, obedeciendo como obedece a sus malas pasiones. Porque lo que hace el malvado está en desacuerdo con lo que debiere hacer, mientras el hombre de bien lleva a cabo lo que debe: porque la razón escoge en cada uno aquello que mejor es para él, y el bueno obedece a su razón. También es cierto que el hombre virtuoso lleva a cabo muchos de sus actos en favor de sus amigos y de su patria, y, de ser necesario, muere por ellos: porque despreciaría tanto la riqueza como los honores y, en general, aquellos bienes por los cuales contienden los hombres prefiriendo para sí la dignidad, puesto que preferiría un corto periodo de placer intenso a un largo periodo de placer mediocre, un año de vida noble a muchísimos de vida vulgar. Ahora bien, los que mueren por los demás alcanzan indudablemente este resultado; por lo tanto, la recompensa que entre todas eligen es grande para ellos. También despreciarán las riquezas mediante la condición de que sus amigos alcancen mayor beneficio, porque mientras el amigo de un hombre alcanza riqueza éste último gana en dignidad; por lo tanto, el bien que se procura es el mayor entre los dos. Otro tanto podemos afirmar del honor y los cargos; todo eso lo sacrificará a su amigo, porque lo considera noble y laudable. Justo es que se le considere bueno, puesto que prefiere la dignidad a todo lo demás. Pero también pudiere dejar que su amigo llevase a cabo actos honrosos, porque sería mucho más noble ser causa de que su amigo obrase de tal modo que ser él el que lo hiciese. Por lo tanto, en todos los actos dignos de alabanza, se observa que el hombre de bien se asigna la mayor participación en lo noble. En este sentido, y como hemos dicho, es como debe el hom-

bre ser amigo de sí mismo («philayton»), no debiendo serlo en el sentido en que lo es la mayor parte de los hombres.

CAPITULO IX

También se discute si el hombre feliz tiene o no tiene necesidad de amigos. Se dice que los que son muy felices, y que se bastan a sí mismos, no necesitan tener amigos, porque, teniendo como tienen, los bienes y, por lo tanto, bastándose a sí mismos nada más necesitan, mientras un amigo, al ser otro yo, proporciona aquello que el hombre no puede proporcionarse por su propio esfuerzo; de aquí el dicho:

«¿De qué sirven los amigos cuando nos mima la
[fortuna?]

Pero parece extraño que cuando atribuimos todos los bienes al hombre feliz no le atribuyamos amigos, creyendo como se cree es el mayor de los bienes externos. Y si es más característico del amigo hacer bien al prójimo antes que recibirlo, y conferir beneficios es característico del hombre de bien y de la virtud, siendo más noble hacer el bien a los amigos que a los extraños, el hombre bueno necesitará alguien a quien pueda hacer bien. A esto se debe la pregunta sobre si necesitamos amigos más en la prosperidad que en la adversidad, suponiendo que no sólo necesita el hombre en la adversidad amigos que le puedan conferir beneficios, sino también los que están en la prosperidad necesitan amigos a los que puedan hacer bien. Es ciertamente extraño condenar a la soledad al hombre felicísimo, porque nadie preferiría la posesión del mundo entero a condición de vivir aislado, puesto que el hombre es ser sociable cuya

naturaleza es vivir en compañía. Por lo tanto, aun el feliz vive en compañía, por poseer aquello que es bien por naturaleza. Ciertamente es mejor pasar nuestros días con amigos y hombres virtuosos que con extraños o personas cuya compañía nos deparase el azar. Por eso necesita amigos el hombre feliz.

¿Qué quiere decir pues la primera de dichas escuelas, y en qué sentido es cierto? ¿Será que la inmensa mayoría de los hombres cree que el amigo es la persona que nos aporta algún provecho? El hombre felicísimo no necesita tales amigos, puesto que siempre está en posesión de los bienes; tampoco necesitará a las personas con quienes se traba amistad a causa del deleite que procuran, o los necesitará sólo hasta cierto punto y muy poco (porque como su vida es agradable, no siente necesidad de placeres adventicios); y porque no necesita tales amigos se cree no tiene necesidad de ninguno.

Pero eso no es cierto, ni mucho menos, porque ya dijimos desde el comienzo que la felicidad es actividad, y la actividad se genera, no existiendo en un principio, como si se tratase de una propiedad. Si la felicidad estriba en vivir y estar activo, y la actividad del hombre de bien es virtuosa y agradable en sí, como dijimos en un principio, y si la propiedad de una cosa es uno de los atributos que la hacen agradable y podemos contemplar a nuestros semejantes mejor que a nosotros mismos y sus actos mejor que los nuestros propios, y si los actos de los virtuosos, que son sus amigos, son bienes para los hombres de bien (puesto que éstos poseen ambos atributos que naturalmente son agradables), de ser como decimos, el completamente feliz necesitará amigos de esta especie, puesto que su propósito es la contemplación de los actos y acciones dignos que le son propios,

y las acciones del hombre de bien, que es su amigo, poseen ambas cualidades.

Además, se cree que el feliz debe vivir agradablemente. Ahora bien, de vivir solitario, la vida le sería muy dura, porque estando sólo no es fácil estar en continua actividad, siendo esto más fácil viviendo en compañía. Por lo tanto, su actividad será más continua viviendo con otros, siendo agradable en sí, como debiera ser para el que es perfectamente feliz, porque el hombre de bien, como tal, se deleita en los actos virtuosos, molestándose en los viciosos, del mismo modo que el músico se deleita en las bellas armonías y se apena con las malas. *De la compañía de los buenos surge cierto ejercicio de virtud*, como dijo Theognis antes que nosotros.

Si profundizamos en la naturaleza de las cosas, nos parecerá que el amigo virtuoso es naturalmente apetecible para el hombre virtuoso. Porque lo bueno por naturaleza, como hemos dicho, es bueno y agradable en sí para el virtuoso. Ahora bien, definimos la vida en los animales diciendo estriba en el poder de percibir, y en el hombre en la facultad de sentir o entender; y la facultad se define por referencia a la correspondiente actividad, que es lo esencial; por lo tanto, la vida parece sea esencialmente el acto de percibir o entender, y la vida figura entre las cosas que son buenas y agradables en sí mismas, puesto que es determinada y lo determinado es de la naturaleza del bien; y lo bueno por naturaleza es bueno también para el virtuoso (a lo que se debe que la vida parezca agradable a todos los hombres); mas no hay que aplicar esto a la vida torpe y corrompida ni a la vida pasada entre penalidades; porque vida tal es indeterminada, lo mismo que sus atributos. La naturaleza del dolor se aclara en sus consecuencias. Pero si la vida es bue-

na de por sí y agradable (lo cual parece cierto a juzgar por el hecho de que todos apetecen vivir, y especialmente aquellos que son buenos y completamente felices, porque para tales personas la vida es muy de desear, siendo su existencia felicísima en extremo), y si el que ve percibe que ve y el que oye siente que oye, y el que anda que anda, ocurriendo otro tanto en todas las demás actividades en las que hay algo que percibe estamos en actividad, de modo que si sentimos, sentimos que sentimos, y si pensamos que pensamos, y si sentir que sentimos o pensar es sentir que existimos (porque ya se definió la existencia como percepción o entendimiento), y si sentir que se vive es en sí una de las cosas agradables (porque la vida es buena por naturaleza, y sentir el bien existente en uno mismo es agradable), y si la vida es apetecible, especialmente para los virtuosos, porque para ellos la existencia es agradable y buena (puesto que encuentran placer al tener conocimiento de la presencia en ellos de aquello que es bien en sí), y si el hombre de bien es lo mismo para sí que para su amigo (porque su amigo es otro yo), si cuanto hemos expuesto es cierto, de la misma manera que el propio ser es apetecible para todos, o para todos, lo será también el del amigo. Ahora bien, ya vimos que su propia existencia era apetecible a causa de que sentía su propia bondad, y tal sentir es agradable en sí. Por lo tanto, es necesario tenga conocimiento de la existencia de su amigo también, cosa que se realiza en su vida conjunta compartiendo la conversación y el pensamiento, porque esto es precisamente lo que parece quiere decir *«vivir en compañía»* cuando del hombre se trata y no *no comer en el mismo pesebre*, como decimos al referirnos a los animales.

Si, por lo tanto, el ser es apetecible en sí para el

hombre felicísimo (puesto que es bien y agradable en sí por naturaleza), ocurriendo otro tanto en cuanto a la existencia del amigo, una de las cosas apetecibles será el amigo. Ahora bien, el hombre debe tener aquello que apetece, de otro modo sentirá falta en este aspecto. Por eso, el que tenga que ser feliz, tendrá necesidad de amigos virtuosos.

CAPITULO X

¿Debemos trabar amistad con todos cuantos podamos u ocurre con esto como con la hospitalidad respecto de la que se cree buen consejo *«no ser hombre de muchos huéspedes ni hombre que no tenga ninguno»*? ¿Aplicaremos también esto a la amistad diciendo no se debe carecer de amigos ni tener excesivo número?

En cuanto a los amigos útiles parece se aplique plenamente lo dicho, porque hacer favores a mucha gente a cambio de los recibidos es laboriosa tarea y nuestra vida no bastaría para llevarlo a cabo. Por lo tanto, los amigos que rebasen el número de aquellos que basten a nuestra propia existencia es superfluo y estorba para la vida virtuosa; por eso no los necesitamos. En cuanto a los amigos que se tienen a causa del deleite también nos contentaremos con pocos, como ocurre con las salsas que sazonan los manjares.

Mas en lo referente a los buenos amigos, ¿diremos hay que tener todos los posibles, o habrá límite en el número como lo hay en cuanto a la población de una ciudad? No es posible formar una ciudad con diez hombres, y si cuenta cien mil pobladores ya no será ciudad. Es de presumir que su número no es fijo, sino el comprendido entre ciertos límites. De manera que también en cuanto a los amigos tendremos nú-

mero fijo, tal vez sea el mayor número de aquellos con que podamos vivir (porque ya indicamos que eso es una de las principales características de la amistad); siendo evidente no es posible vivir con mucha gente multiplicándose para atender a todos. Además, también ellos han de ser amigos recíprocamente, si es que han de hacer vida en común; y es difícilísimo quedar bien con mucha gente. También se tropieza con dificultades para regocijarse y apenarse íntimamente con muchas personas, porque puede acontecer que se presente el caso de regocijarse con un amigo y condolerse con otro al mismo tiempo. Es de suponer, pues, será buena conducta no procurar el mayor número posible de amigos, sino tantos cuantos basten para el propósito de la vida en común, porque parece imposible del todo ser gran amigo de mucha gente. A esto se debe que no podamos amar a muchos; el amor es idealmente una especie de exceso de amistad, y sólo puede sentirse por una persona; por lo tanto, también la gran amistad puede sentirse únicamente por pocas personas. Esto parece estar confirmado por la práctica, porque no hallamos muchos que sean amigos a la manera de amigos entrañables, y las amistades famosas de esta especie fueron siempre entre dos personas. Los que tienen muchos amigos y tratan íntimamente a todos se cree no son amigos de nadie, de no ser amistad de conciudadano, llamándose serviciales a dichos individuos. A la manera de los conciudadanos es posible tener muchos amigos y no ser sin embargo servicial, sino persona genuinamente buena; pero no es posible tener con mucha gente esa amistad basada en la virtud y en el carácter mismo de nuestros propios amigos, debiéndonos contentar con los pocos que pudiéremos hallar.

CAPITULO XI

¿Cuándo necesitamos más de los amigos, en la prosperidad o en la adversidad? Los buscamos en ambas situaciones porque mientras los que se hallan en la adversidad necesitan ayuda, en la prosperidad necesitan quien conviva con ellos para favorecerle, puesto que desean hacer bien a los demás. Por lo tanto, la amistad es más necesaria en la adversidad, por lo cual necesitamos de los amigos en esa situación; pero más noble es tenerlos en la prosperidad, por lo cual nos procuramos hombres buenos como amigos, puesto que es más de apetecer conferirles beneficios y convivir con ellos. También la presencia de los amigos es agradable tanto en la prosperidad como en la adversidad, puesto que los sinsabores se alivian cuando nuestros amigos los comparten. Por eso debemos preguntar si es que los comparten como si se tratase de una carga para nosotros, o, de no ocurrir eso, si es su presencia la que nos agrada y el pensar que toman parte en nuestros sinsabores hace que sintamos nuestra pena con menor intensidad. Si se debe a estas razones o a otras el que nuestras penas se alivien, es cosa que dejaremos a un lado por ahora; no obstante, parece ocurre lo que hemos expuesto.

Mas su presencia parece contiene mezcla de varios factores. La mera vista de un amigo es agradable, especialmente si nos hallamos en la adversidad, obrando como alivio de la pena (porque un amigo tiende a aliviarnos tanto al verle como al escuchar sus palabras, si es discreto, puesto que conoce nuestro carácter y lo que nos agrada o apesadumbra; pero ver que se duele ante nuestra desgracia es doloroso, por lo que todo el mundo procura no ser causa de dolor para sus ami-

gos. Por este motivo las personas de naturaleza valerosa procuran que sus amigos no se apenen con ellos y, a menos de ser excepcionalmente insensible al dolor, hombre tal no puede resistir el pesar resultante para sus amigos, y en general no acepta se conduelan con él, porque no se siente inclinado a entregarse al dolor; pero las mujeres y hombres afeminados disfrutan de que se simpatice con sus penalidades, amándoles como amigos y compañeros de infortunio. Pero lo que debemos hacer es imitar en todo a los mejores.

De otra parte, la presencia de nuestros amigos en la prosperidad encierra tanto el pasar el tiempo agradablemente como el muy grato pensamiento de su placer ante nuestra prosperidad. Por este motivo pudiere parecer hay que reunir prontamente a nuestros amigos para que compartan nuestra prosperidad (porque el carácter bienhechor es cosa noble), mientras que reunirles para que compartan nuestros pesares es cosa que dudamos deba llevarse a cabo; porque lo que hay que procurar es que participen lo menos posible en nuestras penas; de aquí el proverbio *«basta que yo sobrelleve mi desgracia»*. Cuando debemos llamar a nuestros amigos es cuando probablemente puedan prestarnos importante servicio a cambio de sufrir pocas molestias.

Al contrario, sienta bien acudir, sin que se nos llame y prontamente, en ayuda de los que sufran adversidad (porque la característica que indica al amigo es precisamente la prestación de servicios, y especialmente a los que estén en necesidad y no los requieran; esta manera de obrar es noble y agradable para ambos); pero cuando nuestros amigos gozan de prosperidad debemos acudir prontamente a unirnos a sus actividades (porque también necesitan amigos para ello), pero no mostrarnos impacientes en acudir para ser objeto de sus dádi-

vas, porque no es noble mostrarse pronto cuando se ha de recibir beneficio. Sin embargo, hay que procurar no merecer la reputación de aguafiestas rehusándolos, cosa que algunas veces ocurre.

Por lo dicho parece que la presencia de los amigos es de desear en todas circunstancias.

CAPITULO XII

¿No se deduce de lo dicho que, del mismo modo que los enamorados apetecen ante todo la contemplación del amado, prefiriendo el sentido de la vista a los demás porque de él depende el amor en cuanto a su ser y origen, apetecen los amigos convivir antes que cualquier otra cosa? Porque la amistad es una compañía, y lo que sea el hombre para consigo mismo lo será para su amigo; ahora bien, en su caso es de apetecer el conocimiento de su existencia, y por lo tanto también el conocimiento del ser de su amigo es apetecible, y la actividad de este conocimiento se produce cuando conviven, de modo que es natural tiendan a ello. Y sea el que fuere el significado de la existencia para cada uno, cualquiera que sea la causa por que aprecien la vida, en *eso* es en lo que desean departir con sus amigos; por eso unos beben, otros juegan a los dados, otros practican ejercicios gimnásticos y van de caza, o estudian filosofía, pasando sus días cada uno en aquello de que más gustan en la vida; porque desde el momento en que desean vivir con sus amigos, así lo hacen compartiendo aquello que les procura el placer de convivir. Así ocurre que la amistad de los malvados se trueca en maldad (porque, a causa de su inestabilidad, se unen para malos propósitos, y además se malean al llegar a semejarse mutuamente), mientras la amistad de los virtuosos

es buena, acrecentándose debido a su compañerismo, y creyéndose que mejoran también motivo de sus actividades y al perfeccionarse recíprocamente; porque ellos toman del otro las características que aprueban, de aquí el dicho: *«cosas buenas aprenderás del bueno»*.

Hasta aquí sobre la amistad; nuestro próximo tema debe ser la discusión del placer.